

INSTANTÁNEA TIFINAGH. DE LAS INSCRIPCIONES RUPESTRES A LOS ACTUALES ALFABETOS TUAREG

Renata Ana Springer Bunk
y José Quintana Arteaga

RESUMEN

En muy pocos lugares del mundo es posible observar las distintas fases evolutivas de la escritura: uno de estos enclaves excepcionales es el Sáhara, donde las inscripciones rupestres más antiguas son testimonio de una grafía que ha permanecido vigente hasta la actualidad entre los tuareg. La convivencia con miembros de este grupo social en una pequeña aldea al sur de Tamanrasset (Argelia) ha sido elegida como contenido de este trabajo, en el que trazamos un recorrido a través del tiempo para contrastar las primeras etapas de una de las modalidades del líbico-bereber con los hábitos escriturarios en los alfabetos tifinagh.

PALABRAS CLAVE: escritura líbico-bereber, inscripciones rupestres, alfabeto tifinagh, evolución de la escritura, Sáhara, tuareg.

ABSTRACT

«Tifinagh snapshot. From the rupestrian inscriptions to the present time touareg alphabets». In very few places around the World is it possible to observe the different evolutionary phases of writing: one of these exceptional enclaves is the Sahara, where the oldest rock inscriptions are testimonies of a writing that has remained effective until the present among the Tuareg. The coexistence with members of this social group in a small village south of Tamanrasset (Algeria) has been chosen as the contents of this work, in which we outline a path through time in order to contrast the first stages of one of the libyco-berber modalities with the writing habits of the tifinagh alphabets.

KEY WORDS: Libyco-berber writing, rock inscriptions, tifinagh alphabet, writing evolution, Sahara, Tuareg.

1. INTRODUCCIÓN

El líbico-bereber tiene el poco reconocido mérito de ser la única escritura africana de gran antigüedad y difusión que sigue usándose en la actualidad. Aunque a su lado suenan otras con gran fuerza, entre ellas la egipcia, que se remonta sin lugar a dudas a orígenes más lejanos, no deja de ser cierto que su empleo estuvo restringido, comparativamente, a enclaves mucho menores y que además, como

instrumento de comunicación de su pueblo, cayó en el olvido hace ya mucho tiempo. También el púnico se presenta como otra gran grafía en el Norte de África y es probable incluso que ejerciese cierta influencia sobre la líbica, pero desapareció igualmente, después de que Cartago hubiera sucumbido bajo la embestida de los ejércitos romanos y de que sus cenizas fueran desparramadas a los cuatro vientos.

En estas circunstancias es obvio que la escritura líbico-bereber se sitúe en un lugar privilegiado; en razón a los vastos territorios en los que estuvo arraigada, pero sobre todo, a causa de su carácter oriundo. Pese a que siguen librándose agrios debates acerca de su origen —los investigadores no parecen ponerse de acuerdo acerca de cómo ocurrió su gestación—; un argumento que se ha esgrimido con frecuencia es el que no ha sido patrimonio de ninguno de los invasores, ni de otros pueblos extranjeros. Se legitima, por tanto, como escritura genuinamente africana que sirvió a los hijos de aquel continente: los antiguos libios, númidas, mauros, gétulos, etc., así como actualmente a los tuareg. Se ha constituido de este modo como seña de identidad entre los descendientes de los pueblos que en la Antigüedad poblaron la parte septentrional de África, a la vez que, como es el caso de Canarias, ha sido esgrimida para testimoniar la procedencia de sus ancestros desde el ámbito cultural bereber. Lo que sin embargo causa mayor admiración es la enorme dispersión geográfica alcanzada, aunque quizás en diferentes momentos históricos y no a la vez; su presencia ha sido documentada desde Canarias a Libia, desde el Mediterráneo hasta Níger y Mali, e incluso en algunos enclaves de Burkina Faso. Ello es más que sorprendente al no haberse proclamado jamás como instrumento político de un pueblo imperialista y en esto sí reside una gran diferencia frente a la mayoría de las escrituras hegemónicas conocidas.

De todas las regiones en las que se ha constatado el empleo de la escritura líbico-bereber, ésta sólo ha sobrevivido en el Sáhara entre los tuareg, siendo varios alfabetos los que están en uso hoy día. Sus caracteres se denominan tiffinagh, término que se ha hecho extensible a la modalidad reciente y son numerosos los textos que se hallan en forma de grabados y pinturas en el desierto, sobre las superficies rocosas de montañas, abrigos de cuevas y barrancos. En muchos paneles se entremezclan inscripciones alfabéticas con dibujos, entre los que sobresalen camellos montados por jinetes armados con escudos y lanzas. Pero si bien éstos son los motivos más característicos, no son los únicos; un análisis pormenorizado obligaría a incluir una enorme complejidad de temas, tanto figurativos como geométricos. También los empleos se han diversificado, incluyendo igualmente los soportes utilizados, sumándose a los ya referidos el papel, telas, joyas, metales, etc. En muchas ocasiones, los tuareg pueden leer perfectamente estos mensajes aunque, en otras, aducen una época muy antigua como momento de su realización y reconocen la imposibilidad de su comprensión. El conocimiento de esta grafía alcanza entre ellos aún un grado relativamente alto, aunque no existen estudios que hayan evaluado, a un nivel generalizado, qué porcentajes de la población son lectores y/o escritores. Por el contrario, ya hace tiempo que aparecen referencias en las que se refleja una honda preocupación por su posible desaparición. Por añadidura, esta escritura compete en la actualidad con otras dos que se han impuesto, con carácter oficial, en documentos públicos, prensa, etc., la escritura árabe y la latina. Gran parte de los



tuareg pueden valerse de la primera, pero los que redactan en caracteres latinos son mucho menos, aunque también aquí estamos manejando de nuevo datos especulativos, basados en la observación directa, naturalmente parcial, al no disponer de los correspondientes estudios pormenorizados.

Desde hace poco tiempo, hay que sumar a los alfabetos tiffinagh una nueva modalidad, de reciente creación, conocida generalmente como neotiffinagh. Se trata de alfabetos que no han llegado a nosotros por la transmisión tradicional como los anteriores, sino basados en aquéllos y que han sido impulsados con una clara finalidad de unificar y mejorar su empleo. Comprensible, por una parte, si tenemos en cuenta que las normas de la escritura líbico-bereber presentan no pocas dificultades a la hora de su redacción o lectura, de modo que más de un investigador la ha tildado de complicada y a veces poco apta para la transmisión de largos y complejos textos, por lo que se ha barajado un empleo en muchas ocasiones más cercano al ritual, mágico u ornamental (Galand, L., 1975:96) que puramente comunicativo. Sólo con mencionar algunas características inherentes a ella, como la variabilidad del sentido de lectura, la rotación de algunos caracteres sobre su propio eje en dependencia a las líneas, la ausencia de espacio entre las diferentes palabras, el empleo de distintos alfabetos según las regiones y épocas, la ausencia de caracteres para señalar las vocales —salvo casos más bien excepcionales—, etc., explican en buena medida lo que se viene tratando de suplir.

Existe otra gran diferencia que hay que destacar en la nueva modalidad y es que, al contrario de la escritura tuareg tradicional, ésta llega con una clara vocación académica. Mientras que el líbico-bereber no ha sido institucionalizado —su transmisión se realizaba en el seno de la familia o de la sociedad—, la naciente grafía está diseñada para ser enseñada en colegios, y al mismo tiempo persigue una cierta homogeneidad para ámbitos geográficos mayores. En cuanto a ciertos aspectos intrínsecos, es muy significativo el que haya incorporado caracteres para el empleo sistemático de las vocales.

La oficialidad de la implantación del neotiffinagh está recogida en la presentación, por parte de Marruecos, Canadá y Francia, a la Organización Internacional de Normalización de la que ha sido titulada: «Proposición de añadir la escritura tiffinaghe» para la consideración por la GT2 y adopción en la próxima revisión de la norma ISO/CEI 10646, cuya reseña de trabajo es ISO/IEC JTC 1/SC 2/WG 2 N2739R y cuyo texto completo lo podemos encontrar en la siguiente dirección de internet: «<http://std.dkuug.dk/jtc1/sc2/WG2/docs/n2739.pdf>». En dicho documento, como puede verse, el Instituto Real de la Cultura Amazighe de Marruecos (IRCAM) es el principal protagonista.

No debe extrañar que dicha propuesta haya surgido en una zona en la que el uso «tradicional» se extinguió hace ya mucho tiempo. Quizás sea por ello que esta nueva grafía lleve inherente una reivindicación de la escritura ancestral de los bereberes, ligada a su prestigio, en resumen, un reconocimiento de esta cultura africana. Aún es pronto para valorar su aceptación entre estos pueblos, pero muchas personas a las que pudimos interrogar nos hablaron con orgullo de ella, incluyendo numerosos tuareg. Sin duda ha influido en ello el deseo de que ocupe por fin un puesto académico y que se sitúe en el mismo nivel que otras tantas escrituras oficiales. Por



el contrario, y aunque pudiera ser cosa de la casualidad en este campo sin encuestas, las únicas objeciones que hemos oído en su contra procedían de observadores ajenos a las sociedades bereberes.

Es de suponer que el tiffinagh y el neotiffinagh pronto se den la mano; no obstante, sus consecuencias para el futuro a medio y largo plazo sólo pueden conjeturarse. Es perfectamente posible que una modalidad coexista con otra durante un tiempo prolongado y cada una en lugares y ámbitos separados, pero también puede darse el caso de que una tome el relevo de la otra. Aunque nada más lejos de situarnos en un turbio presentimiento del final de una escritura que se ha mantenido durante milenios, hay que reconocer que la nueva puja con fuerza y con posición ventajosa.

Sea cual sea el destino de la escritura de los tuareg, y como lamentablemente ha sido denominador común para tantas otras, se constata una profunda desatención en cuanto a su estudio, pese a la enorme importancia que tiene para África y, por extensión, para todas las escrituras entendidas como patrimonio universal. Constituye un ejemplo vivo de una grafía en circunstancias muy distintas a las que están en uso actualmente, por lo que posee un extraordinario interés en vistas a la investigación de la historia de la escritura. Con ello no nos referimos exclusivamente a los alfabetos utilizados, y el supuesto orden en la transmisión de un pueblo a otro, sino también a importantes aspectos referentes a su uso tradicional que únicamente se puede observar entre los tuareg. De hecho, mientras que la mayor parte de las investigaciones se han centrado en la derivación a partir de una «escritura madre», tratando de conseguir modelos en forma de árboles genealógicos, poco se sabe acerca de la gestación de la mayor parte de ellas, del desarrollo de grafías independientes, incluyendo el cómo han surgido y cómo se han mantenido, así como del papel que ocuparon en el seno de la sociedad. Es decir, desconocemos en gran medida las respuestas a preguntas tan básicas y a la vez fundamentales, como ¿quiénes escriben?, ¿cuándo y en qué circunstancia lo hacen?, ¿cómo valoran ellos su propia grafía?, ¿cómo se produce su aprendizaje?, ¿cuánto tiempo se tarda en ello?, ¿en qué situaciones se produce?, ¿de qué modo se controla el correcto empleo?, además de otras tantas cuestiones relacionadas con variantes aceptadas y utilizadas, el análisis del desarrollo de las destrezas lectoras y escritoras, etc.

No deja de ser cierto también que existen excelentes trabajos sobre los tuareg y su escritura, gran parte de ellos publicados por miembros del RILB (creado en 1995 en París), siendo una de sus preocupaciones la de realizar una recopilación de las inscripciones líbico-bereberes en todo el Norte de África y Sáhara. A partir de entonces y en su «carta» anual, están publicando artículos a modo de actualización de su estado de conocimiento. Sus autores son conocidos especialistas en este tema: Lionel Galand (2001, 2004, 2005), Jeannine Drouin (1991, 1999) y Mohamed Aghali-Zakara (2001, 2002, 2003, 2004), por mencionar sólo algunos de los títulos aparecidos. No obstante, y lo testimonia el escaso número de personas que está estudiando esta escritura actualmente y sobre el terreno, es igualmente verdad que no sobran expertos dedicados a ella y, hoy por hoy, sigue siendo difícil disponer de los datos necesarios para alcanzar un conocimiento algo más que mínimamente aceptable en este tema.



Con este panorama de la investigación se explica fácilmente la causa del porqué la mayoría de los estudiosos bebemos tan ávidamente en las referencias del pasado, principalmente en las de dos reconocidos investigadores: Ch. de Foucauld y H. Lhote. El primero es el autor del diccionario tamachek-francés y, junto a la lengua, se ha dedicado también a la escritura. A él se debe la división de la grafía tuareg en un grupo reciente y otro antiguo, el llamado tuareg antiguo, del que nos transmitió su alfabeto. H. Lhote, por otra parte, ha centrado su atención en los grabados y pinturas del Sáhara y Magreb, con especial ahínco a las del Tassili, donde estuvo años recopilando y estudiando el arte rupestre. Ambos investigadores tuvieron oportunidad de pasar largo tiempo entre los tuareg, conocerlos a fondo, siendo numerosas las observaciones que nos han legado sobre aspectos de su vida, y también en relación al uso del idioma y de la escritura.

No obstante, sobre estos trabajos pesa la irremediable volatilidad del tiempo; datan de mediados del siglo pasado, en el mejor de los casos, y es obvio que muchas cosas que se dijeron entonces no se corresponden con la actualidad, teniendo en cuenta los profundos cambios en el modo de vida de estas sociedades. Suenan lejos ya los días en que los tuareg ejercieron un dominio sobre los vastos territorios, basando gran parte de su sustento y fortuna en el control de las rutas caravaneras, cuando eran nómadas en su inmensa mayoría, con estructuras sociales descritas por lo general como *cuasi-feudales* que ahora, con un régimen político ajeno a su propia organización y voluntad, no han tenido más elección que adaptarse a los tiempos que corren.

2. INSTANTÁNEA TIFINAGH: EL AHAGGAR

Sin lugar a duda, los profundos cambios en las sociedades tuareg, junto a las inevitables repercusiones en la lengua y escritura, tuvieron un gran peso a la hora de impulsarnos a aprender el empleo de los tifinagh en un ámbito «auténtico», en la vida cotidiana de una pequeña aldea al Sur de Tamanrasset, en pleno corazón del Sáhara. Lamentablemente y como suele ocurrir con demasiada frecuencia, siempre se acaba disponiendo de menos tiempo del deseado, pero al final pudimos cumplir con los objetivos que nos habíamos fijado en materia de observación de su uso y albergamos el firme propósito de ampliarlos como proyecto más extenso en un futuro, convirtiéndolo en un estudio de muestreo aceptable.

En tiempos muy lejanos, cuando el Sáhara dejó de ser un lugar fértil para convertirse en el desierto que es hoy día, no todos los lugares se vieron afectados del mismo modo y al mismo tiempo. Ciertos enclaves se resistieron durante mucho tiempo, e incluso en la actualidad el Sáhara no es un territorio homogéneo: mientras que la vida humana es prácticamente insostenible en los inmensos arenales o en las hamadas, en otros lugares brota la vegetación, sobreviven especies de fauna salvaje y algunos pueblos, adaptados a las durísimas condiciones medioambientales, se resisten a desaparecer. Se trata fundamentalmente de los puntos más elevados del desierto, como el macizo del Ahaggar, Tassili, Aïr, que alcanzan cotas por encima de los 1.000 m de altura s.n.m. y en algunos puntos cerca de los 3.000 m. Las precipi-



taciones se producen allí de forma esporádica, aunque a veces abundantes, facilitando los barrancos la retención del líquido, además de que existen bolsas de aguas fósiles. En definitiva, los habitantes de estos lugares saben dónde y cómo conseguir este elemento vital, incluso en las estaciones más secas del año.

La zona del Ahaggar es una de las que corresponden a las características aquí expuestas: se caracteriza por una relativa elevación con numerosas montañas y una densa red de barrancos que discurre entre macizos basálticos y/o graníticos. En ellos se produce el crecimiento de cierta vegetación, como son los arbustos, algunos árboles, matorrales de pequeñas dimensiones, muchos de ellos con propiedades medicinales que los tuareg utilizan con bastante frecuencia. Pero fundamentalmente constituyen el pasto del ganado: cabras y ovejas en su mayoría y, como animal de carga y transporte, también de prestigio, el camello. Al tratarse de una ganadería extensiva, los animales suelen pastar en una superficie muy amplia, en la que distancias de cinco, diez y hasta veinte kilómetros no son ninguna excepción, sino una regla más que habitual.

Nuestra «aldea», situada en las inmediaciones de la montaña de Hagelella y que llevaba el mismo nombre, se localizaba en el margen de uno de estos barrancos, en cuyo centro habían construido un pozo hacía ahora exactamente catorce años, por lo que disponían de la gran ventaja del agua permanente que, hasta entonces, habían tenido que ir a buscar a unos dos kilómetros, a una zona más frondosa con aguas casi superficiales, donde algunos vecinos explotaban unos huertos. El número de habitantes se cifraba en torno a unos sesenta, contando adultos y niños, pero con bastantes fluctuaciones en razón a frecuentes idas a Tamanrasset, donde vivían algunos parientes y con estancias por periodos más o menos largos. Los miembros de la comunidad estaban unidos por lazos de parentesco: fundamentalmente se trataba de hermanos y primos con sus respectivas familias, en algunos casos con hijos en edad adulta.

El ritmo cotidiano venía marcado por la salida y venida de las cabras y ovejas a los pastos. Formaban la base económica de la aldea y se distribuían en dos rebaños que partían bajo la atenta mirada y compañía de los únicos tuareg no pertenecientes a la familia, ambos originarios de la vecina nación de Níger. En un caso se trataba de una mujer de mediana edad y, en el otro, de un joven de diecisiete años. Los rebaños regresaban poco antes del anochecer, se les resguardaba entonces en sus respectivos corrales, construidos a tal propósito mediante ramas espinosas. Esta hora coincidía a su vez con intensas actividades sociales: el control de los animales, suplementando la alimentación de algunos de ellos, el amarre de los baifitos y corderos recién nacidos, la ida al pozo por parte de las mujeres, acompañadas de animadas charlas entre ellas; el resto de la aldea simplemente se dedicaba a observar este plácido deambular. También eran éstos los momentos en los que en ocasiones se organizaba espontáneamente un tam-tam, una especie de carrera de camellos montados generalmente por los jóvenes, trazando círculos en torno al grupo de mujeres que azuzaban a los jinetes mediante cantos, al ritmo de palmas y percusión.

La relación entre hombres y mujeres, mucho más abierta a lo que suele observarse entre los árabes, no era indicativo en absoluto de ausencia de separación de sexo para las diferentes tareas cotidianas. Si bien en el pueblo, como se ha dicho,



el ganado caprino y ovino era atendido por un hombre y por una mujer, otras actividades parecían estar reservadas a sólo uno de los dos géneros. Los camellos solían gozar del exclusivo cuidado de los hombres, quienes se encargaban de sus salidas, o resolvían asuntos en lugares lejanos a los que se desplazaban con ellos. Los pocos coches que estaban en el pueblo o aparecían allí en algún momento eran igualmente conducidos y reparados por los hombres, como si se tratara de los legítimos descendientes de los camellos. En cambio, las mujeres eran las que se encargaban de ir por agua al pozo, asimismo hacían la colada, preparaban las comidas familiares, confeccionaban cierto tipo de artesanía, etc. De esta división de tareas resultaba una permanencia bastante desigual en el hogar pues, en efecto, las mujeres tendían a ser mucho más sedentarias que los hombres que, por el contrario, se ausentaban en mayor medida. Se trataba de una circunstancia que, con toda probabilidad, es en buena medida responsable del desperejo conocimiento de la escritura que poseen las mujeres en comparación a los hombres.

3. EMPLEO ACTUAL DE LOS CARACTERES TIFINAGH

Nuestro punto de partida se formulaba en la interrogante acerca de cuántas personas y quiénes se sabían valer de esta escritura, obteniendo como respuesta un número apenas superior a la mitad de los adultos preguntados: 14 personas, sobre un total de 26, manifestaban leer y escribir valiéndose de los caracteres tifinagh. A esta cifra, no obstante, resulta interesante añadir algunos datos. Por una parte, el hecho del mejor conocimiento por parte de las mujeres, que ya ha sido señalado por varios investigadores, y que también se presentaba en este lugar. El porcentaje cambiaba susceptiblemente teniendo en cuenta el sexo: 10 mujeres de las 14 preguntadas dominaban esta grafía, mientras que sólo lo hacían 4 hombres de los 12 con los que habíamos hablado sobre este tema. También la edad incidía en el número de los conocedores/no conocedores: de los 4 hombres con los que pudimos practicar la escritura, 2 tenían una edad comprendida entre los 40 y 45 años, uno 52 y otro en torno a los 60 mientras que, por otra parte, los jóvenes menores de 40 ignoraban su uso, al igual que otros dos comprendidos en la franja de entre 38-45. Habiendo supuesto que el aprendizaje se realizaba en el seno de la familia, nos llamó la atención que éste no era siempre el caso, pues una chica cuyos padres manifestaban no saber escribir estuvo un buen rato haciendo ejercicios con nosotros, sorprendiéndonos el excelente manejo que demostraba tener. Tal vez habría que explicar que la madre, aunque insistiera en su incapacidad lectora, era contestada vivamente por otras mujeres que opinaban lo contrario. En este sentido, habría que añadir una tercera categoría, aunque la constatamos en un solo caso, el estadio intermedio entre saber y no saber, el de un conocimiento deficiente, lo que podría deberse a la falta de práctica, lo que, inevitablemente, conduce a su paulatino olvido.

En este contexto, también es importante considerar la formación general de los habitantes. Gran parte de la población parecía dominar con bastante corrección la escritura árabe, aunque ignoraran completamente la latina, consecuencia



directa del desconocimiento del francés, que era la lengua para la que hubieran necesitado dicha grafía. Era muy escaso el léxico conocido —casi nadie era capaz de pronunciar algo más que palabras sueltas o alguna oración elemental—, por lo que era bastante obvio que no se hubieran dedicado a su versión escrita.

4. A MODO DE EJEMPLO: REALIZACIONES INDIVIDUALES

Herederos de culturas ancestrales y posible antesala del neotifinagh institucionalizado, los tuareg representan el último testimonio vivo del empleo tradicional de los caracteres tfinagh. Su conocimiento de la escritura ha adquirido de este modo el valor de una instantánea de gran interés, convertido por nuestra parte en objeto de estudio durante la estancia en este lugar. Para introducirnos en el empleo de la escritura optamos por nuestro propio aprendizaje. El procedimiento empleado era la elaboración de un glosario escrito, así como la redacción de pequeñas oraciones, que pedíamos a diversas personas de la aldea, pero con mayor profusión a nuestro anfitrión, el Sr. Khati. El estudio de la lengua tamachek había precedido a dicha tarea, conscientes de que necesitábamos unos mínimos conocimientos del idioma y los habíamos adquirido con la ayuda de un pequeño método tamachek-alemán y CD de pronunciación «Tamaschek (Tuareg) Wort für Wort. Kauderwelsch Band 167», todo un hallazgo en el terreno tan estéril de las publicaciones para lenguas minoritarias, a pesar de que no ostentara ningún tipo de ambición lingüística.

Los caracteres empleados en la realización del glosario fueron comparados con aquellos que figuran en los alfabetos tfinagh recopilados y transmitidos por diferentes investigadores, principalmente durante el siglo pasado. Ahora y en época de internet, pero también en algunas publicaciones sobre papel, han proliferado en los últimos tiempos artículos que incluyen estos alfabetos, nacidos por lo general ajenos al trabajo de campo y muchas veces también al margen de cualquier investigación, en su lógica consecuencia copiados de los ya existentes. Esto explica más de una errata infiltrada y, como viene siendo habitual en la mayoría de los casos, al no aparecer reseña de las fuentes utilizadas para facilitar la verificación no es exagerado hablar de un caos que obliga a retroceder, debiendo partir de los trabajos nacidos *in situ*. Otro argumento, el de no alargar excesivamente el tamaño del presente artículo, ni el de aportar un sinnúmero de diferentes alfabetos, nos ha inducido a comparar los resultados de nuestra recopilación con la que en su día aportara Ch. de Foucauld (1920:8), además de una relación de alfabetos extraída del libro de L. Galand (1999:117), en el que estudia diversas cartas redactadas en tfinagh, siendo M. Aghali-Zakara autor de los alfabetos incluidos.

Los habitantes de la aldea empleaban un total de 24 signos, además de tres variantes, que resultaron del mencionado glosario. Los reseñamos en el cuadro que sigue a continuación, incluyendo igualmente su frecuencia en un cómputo de entre 500 a 600 voces recopiladas. Para proceder a una triangulación recogimos las palabras por separado, con lo que la mayor parte fueron escritas en más de una ocasión, y apareciendo nuevamente cuando pasamos al capítulo de anotar las oraciones.



Fuimos ayudados por nuestro anfitrión, nuestro informante más asiduo, pero también por su esposa y por los vecinos con los que teníamos más trato, por lo general, porque sus visitas a nuestro *habitat* eran muy frecuentes. Por último, nos proporcionó gran ayuda observar las dificultades que se le presentaban a nuestro anfitrión en el momento de enfrentarse al aprendizaje de la escritura latina —a petición suya— y léxico en castellano, cuando pudimos comprobar cuáles eran los fenómenos a los que no estaba habituado en su propia grafía.

CARACTERES UTILIZADOS Y FRECUENCIA

DIRECCIÓN DE LA LÍNEA: ⇨

| | | | | | | | | | |
|--------------|------|-------|------|-----|-------|-----|-----|-----|-----|
| Carácter | · | Θ | Ι | ΙΙ | ΙΙΙ | ※ | × | Ο | Ε |
| % frecuencia | 9,4 | 2,3 | 10,4 | 6,6 | 3,2 | 0,4 | 0,4 | 6,7 | 3,7 |
| Carácter | + | ϻ □ Ϻ | Υ | ∶ | ⊔ | ∴ | ⊙ | ∴ | |
| % frecuencia | 11,4 | 6,6 | 2,8 | 4,1 | 4,4 | 3,5 | 6,1 | 3,3 | |
| Carácter | : | ∇ □ Λ | :: | Ε | ⊗ □ ⊗ | ... | # | | |
| % frecuencia | 4,4 | 5,6 | 1,2 | 0,4 | 1,6 | 0,8 | 0,7 | | |

Una de las cosas que llamaba la atención era el escaso uso de las variantes: sólo observamos el empleo de «∇» y «Λ» para la «d» (en líneas horizontales), de la «Ϻ» y «ϻ» para «i», y un trazado apenas diferenciado, el que distinguía «⊗» de «⊗». En términos generales, una persona tendía a utilizar sistemáticamente una forma, de modo que en esta aldea el empleo de las variantes era un resultado colectivo, prácticamente ausente en la realización individual. En cuanto a la utilización del signo «·» (un solo punto, que indica presencia de una vocal al final de la palabra), advertimos en un momento dado que nuestro anfitrión recurría a esta forma con una frecuencia sensiblemente mayor de la supuesta según los hábitos escriturarios de esta grafía. Respondió ante nuestra extrañeza que durante los ejercicios nos «*facilitaba*» en ocasiones la lectura de algunas palabras, a la vez de advertir que, efectivamente, aquello no se correspondía con su norma habitual. Rogamos continuar como lo hiciera normalmente —sin aprendices como nosotros—, volviendo de este modo a la ortografía tradicional con el uso de las vocales sólo en los casos que lo exigían. Esta anécdota, si bien nos había parecido inicialmente un peligroso contratiempo para el estudio, fue indicativo también de cómo los propios tuareg pueden sentir la ventaja de las vocales y, si bien fueron los griegos los primeros en percatarse de ello, no es de excluir que evolutivamente otros pueblos escritores pudieran optar por similares «*innovaciones*».

| TRANSCRIPTION | CARACTÈRES ARABES | CARACTÈRES touaregs actuels | CARACTÈRES TOUAREGS ANCIENS | CARACTÈRES touaregs pour transcription de textes arabes |
|----------------|----------------------|-----------------------------------|--------------------------------|--|
| A. É. I. OU. O | ا | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| B | ب | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| CH | چ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| Ç | س | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ |
| D | د | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ |
| D | ذ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ |
| D | ذ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ |
| D | ذ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ | ∧ ∩ ∪ ∪ |
| F | ف | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| G | گ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| Ĝ | گ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| H | ه | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| H | ه | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| H | ه | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| I | ي | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| J | ج | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| K | ك | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| K | ك | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| KH | ك | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| L | ل | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| M | م | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| N | ن | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| OU, O | و | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| R | ر | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| R | ر | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| S | س | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| T | ت | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| T | ت | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| T | ت | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| T | ت | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| Z | ز | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| Z | ز | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| Z | ز | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |
| LT | ط | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ | ⊙ ⊙ | ⊙ ⊞ ⊕ ⊞ |

| | Ahaggar (Algérie) | Ghat (Libye) | Aïr (Niger) | Azawagh (Niger-Mali) | Adghagh (Mali) |
|----------------|----------------------|-----------------|----------------|-------------------------|-------------------|
| a | ▪ | ▪ | ▪ | ▪ | ▪ |
| b | ⊙ | ⊙ | ⊙ | ⊙ | ⊙ |
| d | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ |
| ḍ | ⊐ | ⊐ | | | ⊐ |
| f | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ |
| g | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ |
| g ^y | ⊐ | ⊐ | | | ⊐ |
| γ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| h | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| j | ⋮ | | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| k | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| l | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| m | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ |
| n | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ |
| n ^y | ≠ | | | | |
| q | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| r | ⊙ | ⊙ | ⊙ | ⊙ | ⊙ |
| s | ⊙ | ⊙ | ⊙ | ⊙ | ⊙ |
| š | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ | ⊐ |
| t | + | + | + | + | + |
| ṭ | ⊐ | | | | |
| w | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| x | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| y | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| z | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ | ⋮ |
| ẓ | ⋮ | ⋮ | | ⋮ | ⋮ |

Galand, L. (1999: 117)

Si procedemos a comparar los caracteres constituyentes del alfabeto utilizado en nuestra aldea con los de Ch. de Foucauld (1920:8), vemos que no se trata de alfabetos idénticos, aunque hay que precisar que las divergencias son numéricamente poco relevantes. Dejando al margen las variantes, más cuantiosas en la relación de Foucauld, conviene fijarse en la «⊐», empleada por parte de nuestros infor-

mantes con el único valor de «f», al igual que suele ser en Mali. La misma forma, sin embargo, ha sido transliterada por Foucauld como «j» (siguiendo aquí su propia transcripción del artículo en francés), con sus correspondientes variantes de «𐤔» y «𐤕», empleándose la última igualmente con el valor de «f», pero cuyo uso nosotros no observamos en ningún caso. Por otra parte, tampoco recopilamos el signo «𐤖» o de su variante «𐤗» que, en el alfabeto de este investigador, figura como «g». Finalmente, conviene señalar que no vimos ninguna ligadura, al menos no formaban parte entre los caracteres que surgieron en la redacción del léxico o de las oraciones.

Sabiéndose de la libertad para la dirección de las líneas, la predominante en las prácticas realizadas se correspondía con la horizontal, probablemente debido al cuaderno en el que las anotaciones y explicaciones se hicieron también en castellano. Las veces que nuestro soporte era la arena del desierto (era allí donde los vecinos se disponían espontáneamente a escribir después de detectar nuestro entusiasmo por realizar ejercicios con tanta profusión), también se continuaba con el mantenimiento de la redacción en horizontal. No obstante, el sentido de lectura por parte de nuestro anfitrión era izquierda-derecha (siguiendo en ocasiones las traducciones del léxico redactadas por nuestra parte), mientras que por parte de otros vecinos detectamos una preferencia por el orden derecha-izquierda, igual que en la escritura árabe.

El sentido y dirección de las líneas son responsables de la rotación de determinados signos sobre su propio eje, norma que era mantenida por todos. Por mencionar un ejemplo, los caracteres «⋯» y «:» se transliteran en línea horizontal por «q» y «gh» respectivamente, pero deben rotar obligatoriamente 90° al emplazarlos en una línea vertical, convirtiéndose en «:» y «⋯». Lo mismo ocurre al emplear «U» en línea vertical, en cuyo caso gira hasta acabar en una «C» en un texto horizontal para representar la «m». Esta rotación no sólo tiene que seguir obligatoriamente a la dirección de la línea, sino indica además el sentido de lectura, pues sirve para reconocer por dónde comenzar con la lectura del texto: «C» implica izquierda-derecha, «D» derecha-izquierda, lo que se cumplía sin excepción.

4.1. INSCRIPCIONES RUPESTRES

En casi todo el Sáhara se encuentran inscripciones que los tuareg atribuyen a unos orígenes de «hace mucho tiempo». Por lo general, suelen otorgarle una procedencia remota a todo texto cuyo mensaje son incapaces de comprender, a pesar de que identifican gran parte o incluso todos los caracteres incluidos en él. Si bien el criterio de la «comprensión» tiene un valor evidentemente pragmático, no deja de ser menos cierto que dicho concepto esconde diversas posibilidades para la historia de la escritura. Por una parte, en un territorio de gran movilidad poblacional y un nomadismo característico, sobre todo de épocas anteriores, la territorialidad no es sinónimo de sociedades concretas, ya que pueden ser varias las que han dejado sus huellas en el mismo sitio al transitar de un lado para otro. Esto lo habíamos comprobado en una ocasión sobre el terreno, cuando un joven de Níger leía un texto de un yacimiento del Akakus (Libia), afirmando que la modalidad empleada era la de

su gente, corroborando dicha afirmación otro targi allí presente y oriundo de la zona visitada quien, en efecto, la juzgaba distinta a la suya. No obstante, mayor peso para la evolución de la grafía habrá que concederle a los siglos transcurridos desde las primeras manifestaciones hasta las de nuestros días, con lo que, aunque de modo muy impreciso, habrá que darles la razón a los tuareg en su apreciación temporal de muchas inscripciones.

Los alrededores de nuestra aldea no iban a ser ninguna excepción, de modo que nuestros anfitriones, durante las caminatas destinadas a conocer la región en profundidad, nos iban mostrando los yacimientos del lugar. Desde el más cercano, a pocos metros de la última casa del poblado, a otros situados a mayores distancias: a uno, dos, tres, y ocho kilómetros aproximadamente, visitamos un buen número de ellos. A veces formaba el texto alfabético el único tema sobre la roca (caso de la inscripción de la aldea), en los demás, éste estaba inserto en un conjunto de los grabados conocidos para el periodo del camello. Daba la curiosa coincidencia de que una inscripción que se hallaba en las proximidades de un oasis con algunas huertas cultivadas, llevara grabadas dos palmeras, como reflejo de la vida cada vez más sedentaria y de la diversificación de las actividades económicas, que había concluido por agregar la agricultura a la vida de los tuareg. Otro yacimiento explorado tenía rasgos absolutamente excepcionales en cuanto a su tamaño y la complejidad de las manifestaciones: se trataba de una elevación no demasiado alta y relativamente estrecha, pero que se extendía sobre aproximadamente ocho kilómetros de largo. Estaba formada por bloques pétreos de diversos tamaños, sueltos en su mayor parte, agrupándose los grabados mayoritariamente en los puntos más prominentes. Hasta el ojo menos avezado hubiera reconocido la intervención de sus autores en momentos históricos muy alejados entre sí, así al menos lo testimoniaban la presencia de rinocerontes —extinguidos desde hace mucho tiempo—, bóvidos, jirafas, burros, temas de contenido sexual, como las denominadas «mujeres abiertas» (uno de los pocos grabados que no nos fue enseñado por nuestro guía), motivos geométricos, camellos, avestruces, gacelas, inscripciones alfabéticas, en fin, una perfecta síntesis de los motivos más relevantes del Sáhara. Las imágenes más recientes, cuyos temas reflejaban prácticamente escenas actuales del entorno, además de gran parte de las inscripciones tiffinagh, introducían curiosamente una ubicación adicional al conjunto: la selección de superficies en bloques a un nivel menor, y direccionadas hacia el camino que flanqueaba esta curiosa elevación, al contrario de las anteriores que eran visibles sólo desde las múltiples cimas.

Conviene insistir, una vez más, en que el reconocimiento de los caracteres alfabéticos, incluso para los hablantes del tamachek, no equivale de forma automática a comprender el significado del texto. Una cosa es la identificación de los signos y otra, entender el contenido de lo escrito. Ya hemos hablado de las dificultades inherentes a la lectura de las inscripciones tiffinagh y también de la existencia de diferentes modalidades en el seno de dicha grafía, reflejo, entre otros, de los múltiples dialectos e incluso de distintos sistemas fonológicos de esta lengua. Tanto una como otra circunstancia tuvieron que intervenir en el escaso resultado que nosotros obtuvimos con nuestro anfitrión en el empeño de conseguir la traducción, ya que solamente nos leyó con seguridad dos nombres propios de un total de casi medio



centenar de líneas. Esta dificultad contrastaba enormemente con las lecturas a las que incitábamos nosotros sobre la arena o papel, sirviéndonos de «su alfabeto» (y léxico), y que fueron comprendidos perfectamente por todas las personas que sabían leer y estuvieran allí presentes, participando de buena gana en esta especie de pasatiempo.

Indagando por los posibles autores de los yacimientos con inscripciones, nuestro guía afirmaba desconocerlos y, además, negaba vehementemente que pudieran haber sido hechos por los que vivían actualmente en la zona, que él supiera. Pero no por ello era posible asignar estos textos a estadios antiguos sin más, al menos, en el sentido de Ch. de Foucauld, para quien dichos alfabetos antiguos carecían de los signos puntiformes —como una de las características más importantes—, mientras que en las inscripciones rupestres de nuestra zona, éstos aparecían con gran frecuencia. Así, aunque la mayoría de los caracteres resultaron familiares a los habitantes del lugar, algunos se resistían a ser transliterados. Por nombrar un ejemplo, entre estos últimos figuraba el signo «⊥», al igual que la variante correspondiente a la rotación «┐», que habíamos visto en el yacimiento de mayor tamaño, en dos paneles distintos y a unos siete kilómetros de distancia aproximadamente, y que comúnmente es conocido como ligadura «nt». Otros caracteres en cambio fueron reconocidos con su correspondiente valor, a pesar de que nuestro anfitrión no los había empleado nunca, como fue la grafía «X» leída como «g». Finalmente también queremos comentar su interpretación de la combinación de «|Λ» en línea vertical —tan frecuente también en Canarias—, que nuestro informante leyó con toda naturalidad los sonidos de una «l» más una «Λ» seguidas, como si de pronto se hubiera introducido, y fuese perfectamente legal, un cambio de sentido en la misma sucesión vertical de la línea.

Como podrá deducirse de estas observaciones expuestas aquí de forma resumida y a modo de ejemplo, la evolución de la lengua y escritura es continua y prosigue en nuestros días del mismo modo como lo ha hecho en todos los tiempos. Una importante consecuencia que los investigadores debemos asumir a partir de esta constatación es la de no caer en la tentación, demasiado fácil en ocasiones, de agarrarnos rígidamente a los resultados obtenidos en algún momento concreto, como lo son los alfabetos recopilados y seguir aplicándolos sin contrastarlos con los empleados hoy día. Conviene flexibilizar nuestro empeño, por lo general igualmente rígido, de distinguir entre «alfabeto antiguo» y «alfabeto reciente», como si de dos entes nítidamente separados se tratara, teniendo en cuenta que lo único cierto es lo que la gente hace y ha hecho a la hora de escribir.

BIBLIOGRAFÍA

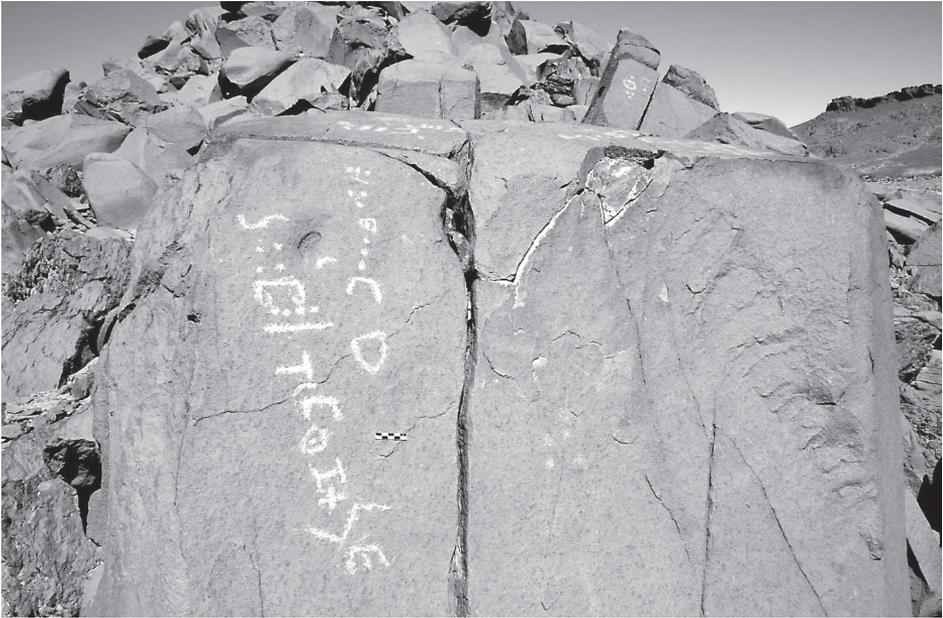
- AGHALI-ZAKARA, M. (2001/2002): Unité et diversité des libyco-berbères. *La Lettre du RILB. Répertoire des Inscriptions Libyco-Berbères*, 7 y 8. París.
- (2003): Messages graphiques et gravures rupestres. *La Lettre du RILB. Répertoire des Inscriptions Libyco-Berbères*, 9. París.

- (2004): À propos des variantes graphiques. *La Lettre du RILB. Répertoire des Inscriptions Libyco-Berbères*, núm. 10. París.
- AGHALI-ZAKARA, M. y DROUIN, J. (1997): Écritures libyco-berbères. Vingt siècles d'histoire. *L'aventure des écritures. Naissances*. París: 99-111.
- BELMONTE, J.A., SPRINGER BUNK, R. y PERERA BETANCORT, M.A. (1998): Análisis estadístico y estudio comparativo de las escrituras líbico-berberes de las Islas Canarias, el Noroeste de África y el Sáhara. *Revista de la Academia Canaria de Ciencias*, vol. x, núms. 2-3. La Laguna, 9-33.
- BERNUS, E. (2002): *Les touaregs*. París.
- CAMPS, G. (1995): *Les berbères. Mémoire et identité*. París.
- CARDONA, G.R. (1999): *Antropología de la escritura*. Barcelona.
- DONATH, F. (2003): *Tamaschek (Tuareg). Wort für Wort*. Bielefeld.
- DROUIN, J. (1991): Inscriptions et représentations rupestres saharo-sahéliennes: Problèmes de typologie graphique et d'interférences. *Bulletin de la Société méridionale de spéléologie et de pré-histoire*, xxx.
- (1999): Reflexions autour d'une recherche épigraphique dans l'Adrar des Ifoghas. *La Lettre du RILB. Répertoire des Inscriptions Libyco-Berbères*, núm. 5. París.
- FOUCAULD, CH. DE (1920): *Notes pour servir a un essai de Grammaire Touarègue (Dial. del Abaggar)*. Publiées par R. Basset. Alger.
- (1940): *Dictionnaire Abrégé Touareg-Français de Noms Propres*. París.
- GALAND, L. (1973): die afrikanischen und kanarischen Inschriften des libysch-berberischen Typus. Probleme ihrer Entzifferung. *Almogaren*, iv: 65-98.
- (1975): La notion d'écriture dans les parlers berbères. *Almogaren*, v-vi. Graz: 93-98.
- (1989): Inscriptions sahariennes. *Sahara 2*. Milán: 109-110.
- (1999): *Lettres au Marabout. Messages touareg au Père de Foucauld*. París.
- (2001): Un vieux débat: l'origine de l'écriture libyco-berbère. *La Lettre du RILB. Répertoire des Inscriptions Libyco-Berbères*, núm. 7. París.
- (2004) Les traits et les points. *La Lettre du RILB. Répertoire des Inscriptions Libyco-Berbères*, núm. 10. París.
- (2005) La datation des inscriptions. *La Lettre du RILB. Répertoire des Inscriptions Libyco-Berbères*, núm. 11. París.
- GELB, J.I. (1976): *Historia de la escritura*. Madrid.
- HACHID, M. (2000): *Les premiers berbères. Entre Méditerranée, Tassili et Nil*. Aix en Provence.
- KHALDUN, I. (2003): *Histoire des berbères*. Alger.
- LHOTE, H. (1955): *Les touaregs du Hoggar*. París.
- (1975): *Hacia el descubrimiento de los frescos del Tassili*. Barcelona.
- (1978): Die Felsbilder der Sahara. *Sahara*. Köln: 70-97.
- NAVARRO MEDEROS, J.F., SPRINGER BUNK, R.A. y HERNÁNDEZ MARRERO, J.C. (2006): Inscriptions libyco-berbères à La Gomera (Îles Canaries): Las Toscas del Guirre. *Sahara*, 17 Milán:191-196.
- PERERA BETANCOR, M.A., SPRINGER PUNK, R.A. y TEJERA GASPAS, A. (1997): La estación rupestre de Femés, Lanzarote. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 43: 19-65.

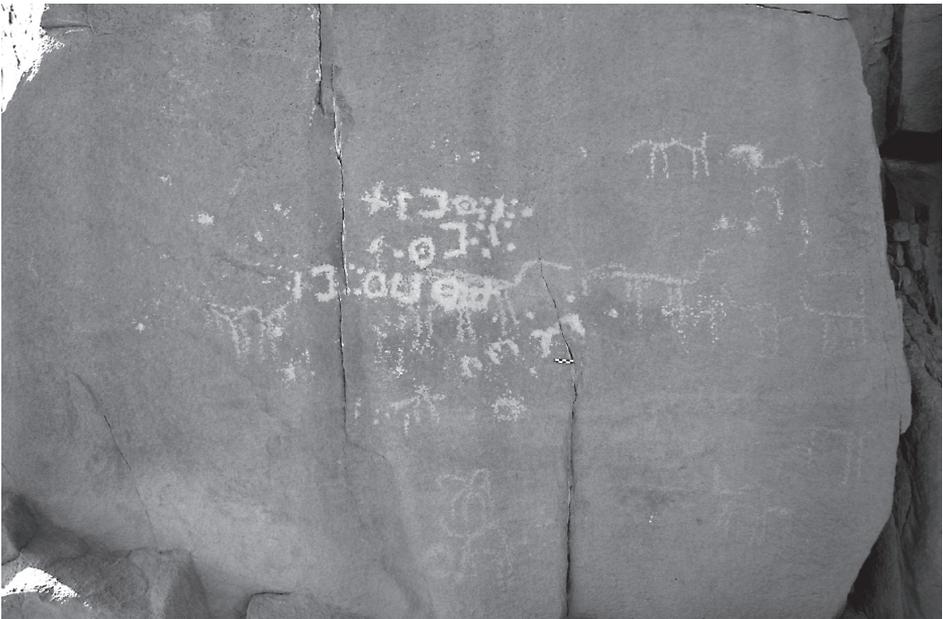
- ROBINSON, A. (1996): *Historia de la escritura. Alfabetos, jeroglíficos y pictogramas*. Barcelona.
- RUPRECHTSBERGER, E.M. (1997): *Die Garamanten. Geschichte und Kultur eines libyschen Volkes in der Sahara*. Mainz.
- SPRINGER BUNK, R.A. (2001): *Origen y uso de la escritura líbico-bereber en Canarias*. La Laguna.
- SPRINGER BUNK, R.A., PERERA BETANCOR, M.A. y CEJUDO BETANCOR, M. (1998): Las inscripciones líbico-bereberes de Marruecos. *Dirassat*. Agadir: 165-178.
- V.V. (1968): *La escritura y la psicología de los pueblos*. Trabajos dirigidos por Marcel Cohen y Jean Sainte Fare Garnot. México.



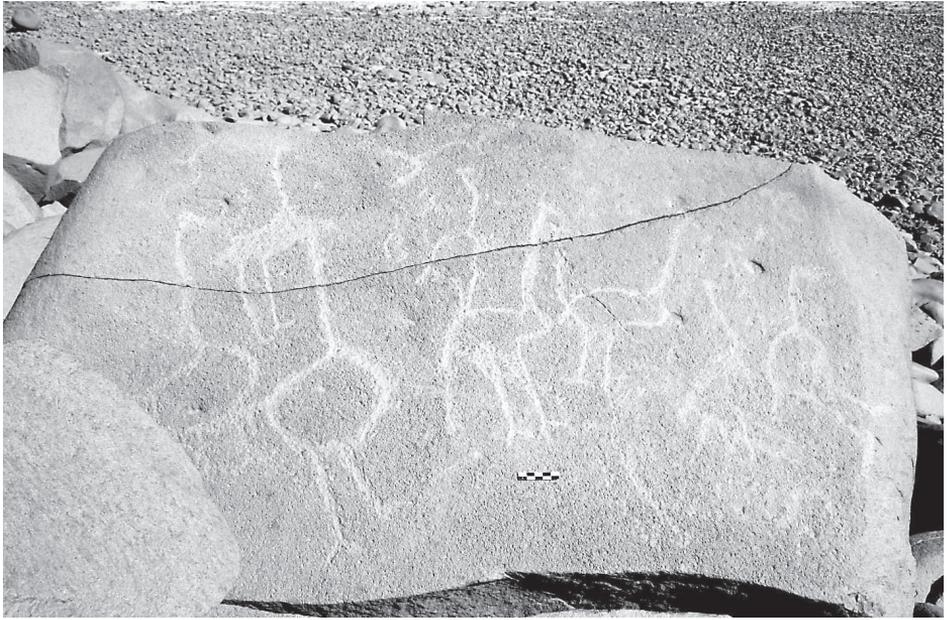
Sacando agua de las arenas.



Inscripción tifinagh.



Inscripción tifinagh.



Avestruces.



Un lugar con agua.



Un tam-tam.



Suplemento alimenticio de la oveja mientras repasa la tarea.



Joven pastor con rebaño.



Madre practicando tiffinagh con su hija.